

ALBA OMIL¹

NARCISISMO

En este mundo, el supremo don es el de la belleza. Un cuerpo armonioso, flexible, como el mío, con esa luminosidad en la piel que todas las mujeres me envidian ¡Ya quisieran ser como yo! ¡Pero nunca lo lograrán!

Yo desprecio a las mujeres: son débiles, caen fácilmente, uno puede hacer con ellas lo que desee. Tengo mi experiencia en la materia. Muchos lo saben. Más de uno envidia mi belleza, mi sabiduría, mi poder de persuasión, mi inteligencia, la armonía de mi cuerpo, sobre todo mi cuerpo. No es vanidad, no; el reconocimiento de los propios méritos no es vanidad. Mi vida está llena de anécdotas relativas al trato con las mujeres; sin embargo, esto no me ha conferido una aureola donjuanesca. No sé por qué. Solo una puede jactarse de haberme vencido, pero esa ya es historia antigua. A las otras, sé muy bien cómo acercarme, cómo llegar, cómo vencer: el regalo, la palabra armoniosa, el casi imperceptible coqueteo y la receta mágica: hacerlas creer que son inteligentes, que son sabias. Recuerdo un caso entre tantos: ardía el verano, ella se bañaba desnuda en el estanque. El rumor de las aguas del arroyo se mezclaba con el rumor del viento. Me acerqué cautelosamente:

¹ Catedrática universitaria con destacada trayectoria como ensayista, cuentista y promotora cultural. Es coordinadora de publicaciones en distintos medios de Tucumán, Argentina. Entre sus últimas publicaciones se destacan *Hace tiempo en el Noroeste* (Tomo VII, 2015), *Los ojos de Medusa* (2014), *De nieblas y fulgores* (microrrelatos, 2013), *Puebla. Recuerdos y ensueños* (microrrelatos, 2013) y *Hechicería en las culturas prehispánicas* (ensayos, 2011).

—Hola!, le dije con mi tradicional mundanidad.

Ella, la descarada, ni siquiera ocultó su desnudez.

—Eres hermosa (¡Cómo se complacía!) ¡Qué piel! (En realidad, yo pensaba en la frescura, en la luminosidad de la mía).

El sol ponía escamas brillantes en el agua y en todas las cosas.

—¡Hermosísima!, recalqué ¿Te gustaría ser más bella? ¿Siempre joven? ¿Más inteligente? ¿Más atractiva? Todos te envidiarían. Poseerías todos los secretos.

—¿Algún secreto de belleza?, dijo la estúpida, no sin cierta timidez aunque con un brillo de ambición en la mirada.

—¡Por favor! —le dije, a punto de indignarme. Me serené.

—¿Quieres que charlemos un rato?

—No hablo con desconocidos. Mi compañero puede disgustarse.

—No temas. En realidad, ya estamos hablando. Hace calor ¿verdad? ¡Cómo brillan las gotas sobre tu belleza! ¿Tienes sed? Toma (le extendí unas uvas rosadas, traslúcidas. Tomó una, dos, tres).

—Esta es mejor —comenté como al descuido.

Ella, al instante, como si la intuyera, no quiso aceptarla.

Insistí, con mi típico aire mundano, mezcla de sabiduría, suficiencia y cierta coqueta frivolidad.

No pudo más. Le dio un mordiscón y luego se la pasó a Adán.

Mis carcajadas estallaban en medio del silencio de Paraíso.



Lucas Cranach the Elder (1472-1553).

Detalle de Adán y Eva (1526), Courtauld Institute of Art, London.